

riamente por la orilla del mar, para hacer otra visita á los afligidos habitantes de la cabaña del pescador.



CAPITULO XXXII.

- « ¿Que negro crimen misterioso es este
- » Que no puede borrar la penitencia,
- » Y cuya confesion es tan costosa,
- » Que aflige al pecador la sola idea ?
- » Ella me vé y me escucha ¡desgraciada!
- » Con la tranquilidad de la inocencia ;
- » Pareceme imposible que sus labios
- » No den de agitacion ninguna muestra.

(WALPOLE, *la Madre misteriosa.*)

EL féretro acababa de salir de la cabaña, seguido de todos los que debian formar el acompañamiento, colocandose cada uno en el lugar que le correspondia, segun su grado de parentesco con el difunto; algunos otros daban la mano á sus hermanitos que veian con sorpresa una ceremonia que apenas comprendian. Las vecinas se habian retirado á su vez, y por consideracion á la amargura del marido y de la muger, se habian llevado consigo todas las niñas, á fin de dejar á los infelices padres en libertad de abrirse su corazon, y de aliviar su pesar hablando del que le producía; pero sus buenas intenciones no produjeron el efecto que esperaban. Apenas la última vecina salió de la cabaña cuya puerta

tuvo buen cuidado de cerrar suavemente, cuando el padre, habiendose asegurado con una rápida mirada de que ya no quedaba dentro ninguna persona estraña, juntó las manos y levantólas mas arriba de su cabeza prorumpiendo en gritos de desesperacion que habia hasta entónces contenido: no pudiendo tolerar el peso de su afliccion, arrojóse á la cama de la cual acababan de quitar el féretro, y se abandonó sin reserva á todo su dolor. En vano la desgraciada madre asustada por la violencia del sufrimiento de su marido, mucho mas peligroso cuando se apodera de un hombre de groseras costumbres y de constitucion robusta, reprimió sus sollozos y gemidos, y tirandole de la falda de su chaqueta, le pidió por Dios que se levantase, teniendo presente que si habia perdido á su hijo mayor, le quedaban una esposa y otros hijos á quienes debia consolar y mantener. Este llamamiento á su corazon se hizo demasiado pronto y no produjo efecto alguno. Permaneció tendido en la misma posicion, demostrando con la violencia de sus sollozos, con una agitacion que hacia temblar la cama y el tabique contra el cual estaba apoyada, con el movimiento convulsivo de sus miembros, y con la especie de frenesí con que cogia y apretaba la cubierta, euan profundo y patético es el dolor

de un padre que tiene la desgracia de sobrevivir á su hijo.

— ¡ Ah! ; que día tan funesto! exclamó la pobre madre á quien habia secado las lágrimas el terror que le inspiraba el estado de su marido; ¡ y nadie aquí para ayudar á una pobre muger desconsolada! ; Ah madre mia! si vm. pudiese solamente decirle una palabra, escitarle á la resignacion....

Con grande admiracion suya, y aumento al mismo tiempo de sobresalto, la madre de su marido la oyó y la comprendió. Levantóse, atravesó el cuarto con paso mas firme de lo que acostumbraba, y permaneciendo de pié junto á la cama en que estaba echado su hijo, le dijo: — Levantate, hijo mio, y no llores por el que se halla al abrigo de la tentacion y del pecado; llora mas pronto por los que quedan en este valle de lágrimas y de tinieblas; llora por mí, que lo necesito mas, por mí que no lloro ni puedo llorar por nadie.

La voz de su madre, que por espacio de muchos años no habia sonado para tomar parte en los negocios particulares de la familia, ni para dar un consejo ni proferir una palabra consolatoria, produjo gran efecto en su hijo. Levantóse, sentóse al lado de la cama, y el silencio de un abatimiento profundo sucedió al frenesí de la desesperacion. Elspeth

volvió á su silla, Maggia tomó, sin pensar lo que hacia, una Biblia vieja, y pareció dedicarse á leer, por mas que sus ojos estuviesen arrasados de lágrimas.

Tal era la situacion de esta familia cuando llamáron á la puerta.

— ¡Ay Dios mio! dijo la pobre madre, ¿quien puede venir á estas horas? es preciso que sea alguien que no haya oido hablar de nuestra desgracia.

Llamáron por segunda vez. Levantóse entónces, y fué á abrir la puerta diciendo con tono de reconvencion: — ¿Quien viene á incomodar á una familia afligida?

Un hombre alto, vestido de luto, se introdujo entónces en la cabaña, y Maggia conoció al instante al conde de Glenallan.

— ¿Es aquí, ó en alguna de las cabañas inmediatas, preguntó, donde podré encontrar á una vieja llamada Elspeth, que ha vivido mucho tiempo en Craighburnsfoot, cerca de Glenallan?

— Es mi madre, milord, pero no puede ver á nadie en la actualidad. ¡Ah! nos ha sucedido una terrible desgracia, estamos en brazos de la mayor afliccion.

— No permita Dios, buena muger, que yo interrumpa el desahogo de vuestro dolor sin un poderoso motivo; pero mis dias estan

contados, vuestra madre ha llegado á una edad bien avanzada, y si no la veo hoy, tal vez no nos será posible encontrarnos mas en esta vida.

— ¿Y que negocio tiene vucencia que tratar con una muger oprimida por la edad y la amargura? Ni señor ni aldeano entrará en mi casa el dia que han sacado de ella á mi hijo en el ataud.

Diciendo esto, se entregaba á la propension colérica propia de su genio y de su profesion, que empezaba á confundirse con su dolor, cuyo primer ímpetu habia pasado ya. No habia hecho mas que entreabrir la puerta y colocadose de modo que impidiese el paso á lord Glenallan, cuando oyó la voz de su marido que gritaba: — Maggia, ¿por que le impides la entrada? Que haga lo que quiera: no daria yo la punta del peor cable para estorbar que nadie entre ó salga de mi casa.

Maggia obedeció á su marido, y dejó entrar á lord Glenallan. Los estragos visibles que habia causado la pena en su flaco cuerpo y desfigurado rostro formaban singular contraste con los que se notaban tanto en las groseras y tostadas facciones del pescador, como en la fisonomía masculina de su muger. El conde se acercó á la vieja, que segun su costumbre estaba sentada junto á la chimenea, y

le preguntó con una voz tan clara como pudo:

— ¿Sois vos Elspeth de Craighburnsfoot?

— ¿Quién me habla de la vivienda de aquella malvada muger?

— El conde de Glenallan.

— ¡El conde de Glenallan!

— Sí, el que se llamaba William lord Gerardino, y que por la muerte de su madre ha adquirido el título de conde de Glenallan.

— Abre el postigo, dijo Elspeth á su nuera con tono firme y con la mayor viveza, abre pronto el postigo para que yo pueda ver si efectivamente es lord Gerardino, el hijo de mi señora, el que tuve en mis brazos una hora despues de nacido, y que debe maldecirme por no haberle ahogado entónces.

Habiase cerrado el postigo segun estilo, para que una media oscuridad contribuyese aun á dar un aspecto todavía mas lúgubre y sombrío á la solemnidad de las exequias. Maggia le entreabrió como deseaba su suegra, y un rayo de viva luz, tal como le introdujera Rambrand, atravesando la oscurecida y ahumada atmósfera de la cabaña, iluminó las facciones del desgraciado lord y las de la vieja sibila, que puesta de pié delante del conde de cuya mano se habia apoderado, fijaba en él la vista, y moviendo el dedo índice á poca distancia de su propio rostro, parecia examinar

todas sus líneas y comparar lo que veia con lo que le sugeria su memoria. Cuando hubo terminado el examen: — ¡Que mudanza! dijo arrojando un profundo suspiro: ¡que terrible mudanza! Pero ¿quien tiene la culpa? Este es un secreto escrito con una pluma de hierro en registros de bronce, allá donde se notan todas las acciones de los hombres. ¿Y que quiere lord Gerardino, añadió despues de un momento de silencio, de una pobre vieja como yo, que debe ya contarse entre los muertos, y que solo pertenece á los vivos porque la tierra no la cubre aun?

— Pero en nombre del cielo, dijo lord Glenallan, vos sois la que debéis manifestarme por que me hicisteis rogar que viniese á veros tan precipitadamente, y aun apoyando vuestra súplica con la presentacion de una prenda á la cual sabíais que no podia negar cosa alguna.

Diciendo esto, sacó de su bolsillo la sortija que le habia entregado Edie Ochiltre, que presentó á la vieja.

Su vista produjo inmediatamente en Elspeth un efecto bien extraordinario. El temblor del miedo agregóse al de la vejez, y puso á registrar sus faltriqueras con la agitacion y la priesa de una persona que empieza á temer que ha perdido alguna cosa de mucha importancia. Pareciendo, por fin, haberse

convencido de que sus temores no carecian de fundamento, volvióse al conde, y le dijo: — ¿Por que casualidad poseeis vos este anillo? ¿como os lo habeis procurado? ¡Yo creia haberle guardado con tanto celo!.... ¿Que va á decir ahora la condesa?

— ¡Como! ¿no ha llegado á vuestra noticia que mi madre es muerta?

— ¡Muerta!.... ¿de veras?.... ¿ha dejado por fin sus tierras, su castillo, sus dominios?

— Todo, buena muger, todas las vanidades que tarde ó temprano deben abandonar los mortales.

— ¡Ah! ahora me acuerdo que lo habia oido decir; pero ¿ha habido desde entónces tanta afliccion en nuestra familia!.... ¿se ha debilitado mi memoria de un modo tan sensible! Pero ¿estais bien seguro de que vuestra madre la condesa fué á reunirse con sus abuelos?

El conde volvió á asegurarle que su antigua señora no existia ya.

— Pues bien, dijo Elspeth, este secreto no oprimirá mi corazon por mas tiempo. Durante su vida, ¿quien se hubiera atrevido á hablar de lo que ella no queria que se supiese? Pero ya se fué, y lo declararé todo.

Volviendose entónces á su hijo y á su nuera, les mandó con tono misterioso que saliesen

de la cabaña, y que la dejasen sola con lord Gerardino, pues continuaba siempre llamandole así; pero Maggia, pasado ya, como hemos dicho, el primer ímpetu del dolor, no se sentia muy dispuesta á una obediencia pasiva á las órdenes de su suegra, título que raras veces dispone á una nuera á la sumision en las clases ínfimas de la sociedad, y estaba tanto mas sorprendida de verla tomar aquel tono de autoridad, cuantos mas años habia que se desprendiera de él.

— Es cosa bien estraña, dijo entre dientes, pues la presencia y la clase del conde le imponian, que se mande á una madre salir de su casa, cuando tiene todavía los ojos anegados en lágrimas por haber visto llevar al cementerio á su hijo mayor.

El pescador añadió con tono mas firme y decidido: — Mal dia ha escogido vm. para contar sus rancias historias, madre mia. Milord, si acaso lo es, puede volver en otra ocasion, ó decirle á vm. ahora lo que le diere la gana: nadie se tomará aquí el trabajo de escuchar ni á vm. ni á él; pero ni por lord, ni por aldeano, ni por rico, ni por pobre, saldré de mi casa el día....

Un nuevo crecimiento de dolor le privó de terminar su frase; pero como ya se habia levantado cuando entró lord Glenallan, y estaba

de pié desde entónces, volvióse á sentar junto á la cama sumamente abatido, bien que con la actitud de un hombre resuelto á cumplir su palabra.

Pero la vieja Elspeth, á quien este momento de crisis parecia haber vuelto la firmeza de carácter y la superioridad de ánimo que antiguamente poseia, levantóse de su silla, y adelantandose ácia su hijo, le dijo con solemne tono: — Hijo mio, si no quieres oir la confesion de los delitos de tu madre y ser testigo de su oprobio, si temes su maldicion, si respetas á la que te ha llevado en su vientre y te ha alimentado con su leche, yo te mando que me permitas decir á lord Gerardino lo que solo debe llegar á sus oidos. Obedece á tu madre, á fin de que cuando cubras su cabeza de polvo (¡pluguiese al cielo que fuese hoy mismo!), puedas acordarte de este momento, sin reconvenirte de haber desobedecido el último precepto que acaso te impondrá en su vida.

Estas palabras pronunciadas con tono grave y patético hicieron renacer en el corazon del pescador la habitud y el instinto de la obediencia á que su madre le habia acostumbrado, y á que no faltó jamas miéntras conservó ella ileso su juicio. Un doloroso recuerdo contribuyó tambien á que se prestase á ceder á la

voluntad de su madre; al echar una mirada á la cama de donde acababan de llevarse el cadáver de su hijo: — El infeliz no me habia desobedecido nunca, dijo á media voz, jamas examinaba si tenia razon ó culpa; ¿por que, pues, ha de encontrarme mi madre menos dócil? — Tomando entónces por el brazo á su muger que no parecia estar muy dispuesta todavía á aquel acto de sumision, se la llevó consigo fuera de la cabaña, y cerró la puerta con el picaporte.

Luego que los desgraciados esposos hubieron salido, lord Glenallan, para impedir que la vieja volviese á caer en su estado letárgico, la instó de nuevo para que le enterase del motivo por que habia deseado verle.

— Demasiado pronto lo sabréis, respondió ella; me acuerdo bien distintamente de todo, y no creo que haya peligro de que lo olvide. Tengo tan presente mi cabaña de Craighburnsfoot como si la hubiese abandonado ayer, el prado por el cual el arroyo va á arrojarse al mar, las dos barquillas con sus velas desplegadas en la bahía que forma, la roca al extremo del parque de Glenallan, que sobresale y domina el mar.... ¡Ah! sí, yo puedo olvidar que he tenido un esposo y que le he perdido; que no me queda mas que un hijo de los cuatro que he dado á luz; que repetidas desgracias

han disipado una fortuna mal adquirida; que esta mañana he visto salir de aquí el cadáver del mayor de mis nietos; pero no olvidaré jamás los días que he pasado en Craighurnsfoot.

— Vos érais la favorita de mi madre, dijo el conde deseando encaminarla al punto de donde se desviaba.

— Sí, lo era, no tenéis necesidad de recordarme. Ella me elevó mas de lo que me correspondía, me dió mas instruccion de la que suelen tener mis semejantes; pero al par del antiguo tentador, infundiendome la ciencia del bien, agregó tambien por mi desgracia la del mal.

— Por amor de Dios, Elspeth, dijo el conde algo desconcertado, esplicad mejor, si os es posible, lo que quereis darme á entender. Yo sé que vos habeis entrado en la confidencia de un espantoso secreto, tal que arruinaria las paredes si fuesen capaces de oirlo; pero, por favor, sacadme de tanta incertitud.

— Voy á complaceros, dijo Elspeth, un momento de paciencia. — Guardó silencio un buen rato, pero no era ya la torpeza de la imbecilidad ó de la apatía: iba á aliviar su corazon de un peso de muchos años; iba á hablar de cosas cuyo recuerdo ocupaba sin duda frecuentemente todas sus facultades intelectuales, aun cuando parecia insensible y muerta

para cuanto la rodeaba. Podemos aun añadir, como un hecho notable, que una especie de energía mental obraba tan poderosamente sobre sus fuerzas físicas y los nervios de todos sus órganos, que á pesar de su sordera oyó tan distintamente, como hubiera podido hacerlo en cualquiera otra época de su vida, todas las palabras que pronunció el conde durante aquella memorable conferencia, por mas que fuesen varias veces interrumpidas por el horror y la desesperacion. Ella misma se expresó clara, distinta, pausadamente, como si hubiese querido asegurarse de que la comprendian, y no se entregó á aquellas hablurías y eternas digresiones tan naturales en las mugeres de su edad y estado. En una palabra, su lenguaje indicaba una educacion superior á su clase, un ánimo firme y resuelto, y uno de aquellos caracteres de que se pueden aguardar grandes vicios y grandes virtudes. En el capítulo siguiente se enterará el lector de su revelacion.

